

57

REVISTA DEL COLEGIO SUPERIOR DE SEÑORITAS

DIRECTOR: MOISÉS VINCENZI
COLABORADORES:
LOS PROFESORES DEL COLEGIO

AÑO I

OCTUBRE DE 1929

NÚM. 6



La Profesora doña Esther de Pristán,
describe en este número el panorama que se admira
desde la Azotea del Colegio de Señoritas

REVISTA
DEL COLEGIO SUPERIOR
DE SEÑORITAS

DIRECTOR: MOISÉS VINCENZI
COLABORADORES:
LOS PROFESORES DEL COLEGIO

AÑO I **OCTUBRE DE 1929** **NÚM. 6**

En la Azotea del Colegio de Señoritas:
Descripción del panorama.

Por ESTHER DE TRISTÁN

A LA MEMORIA DE MARIAM LE CAPPELLAIN

Por muchos años Directora del Colegio. Supo dirigirlo con notable acierto en los primeros 20 años de su vida e interpretar los altos ideales de su fundador, el Lic. don Mauro Fernández.

El edificio del Colegio de Señoritas se principió a construir a principios del año 1888, según consta en el acuerdo N^o 770 del 10 de enero de ese año. Consta en ese mismo acuerdo que en el terreno en donde se edificaría el edificio, existía una casa nacional que perteneció a la testamentaria de don José María Zeledón y también que se adquirieron otras propiedades contiguas que pertenecían a la misma sucesión, con el fin de ampliar el solar destinado al edificio.

Años después el Gobierno compró todas las demás propiedades de la misma manzana, en donde se construirían nuevas dependencias y secciones, de acuerdo con el ensanchamiento y las orientaciones que se le darían al Colegio.

Este bien meditado plan no pudo

realizarse sin embargo, porque se construyó una escuela que ocupa actualmente la mitad de la manzana y el colegio no podrá ensancharse más. Como este Centro ha extendido su influencia a lugares muy apartados de la Capital, el número de alumnas que lo frecuentan es tan grande que ya se notan las dificultades previstas desde aquel tiempo; no hay aulas suficientes y algunas secciones tienen que alternar.

A fines del año 1888 estaba ya levantado todo el primer piso, cuyos cimientos dieron mucho trabajo, pero quedaron sólidamente construidos; estos trabajos fueron dirigidos por el arquitecto señor Lesmes Jiménez.

Con los terremotos del 4 de marzo de 1924, la parte superior del Edificio, sufrió tan serios daños que hubo que abandonarlo, algún tiempo

después principiaron las reparaciones que duraron bastante tiempo.

A principios del presente curso lectivo, el Colegio ocupó de nuevo su antiguo y cómodo edificio.

**

Como hemos dicho ya, al terminar el año 1888 estaba concluido el primer piso, precisamente cuando ocurrió el terremoto del 30 de diciembre del mismo año, que ocasionó graves daños en edificios importantes de la ciudad y de otros lugares. Esto hizo pensar a los encargados de dirigir aquellos trabajos que prudente sería, no construir el segundo piso completo, porque en la parte posterior del edificio quedarían tres pisos con una altura no favorable para resistir sacudidas sísmicas tan fuertes como la que se había experimentado. En consecuencia, se resolvió construir una terraza con una barandilla a su alrededor. Tal es, el origen de la preciosa Azotea del Colegio, que vino a dar al edificio, grandísima importancia, tanto por el panorama que desde ella se aprecia, como por los ratos de aire fresco y puro que ensancha los pulmones, los baños de sol que tonifican la vida y el descanso para la mente después de las lecciones.

Ya en abril de 1893, el Colegio ocupaba su nuevo edificio completamente terminado y contaba con 450 alumnas, incluyendo la Sección Elemental. Antes de esa fecha estuvo instalado, primeramente en una casa situada 50 vs. al O. de la Botica Francesa y después en la calle de la Estación al Atlántico, en una casa de alto, frente a la Fotografía de Hernández. Así, pues, desde el curso lectivo de 1893 hasta hoy, la Azotea del Colegio ha desempeñado un importantísimo papel en la vida de profesores y colegialas. ¡Cuántos recuerdos encierra esta Azotea, para el grandísimo número de alumnas que jugaron y se entretuvieron en alegre y divertida charla! ¡Cuántas profesoras y profesores, ya idos para siempre, parti-

ciparon en aquellas alegrías y disfrutaron también de las delicias de esta atrayente dependencia del Colegio!

Cada alumna, aunque sólo haya estado en este recinto corto tiempo, tiene algún recuerdo que contar de la Azotea: unas, comentarios sobre las notas; otras, discusiones sobre las *injusticias* de los profesores. Las hay, que cuentan las escapadas a la Azotea, burlando la vigilancia de las Inspectoras, para ver... algún liceísta que olvidó asistir a sus lecciones.

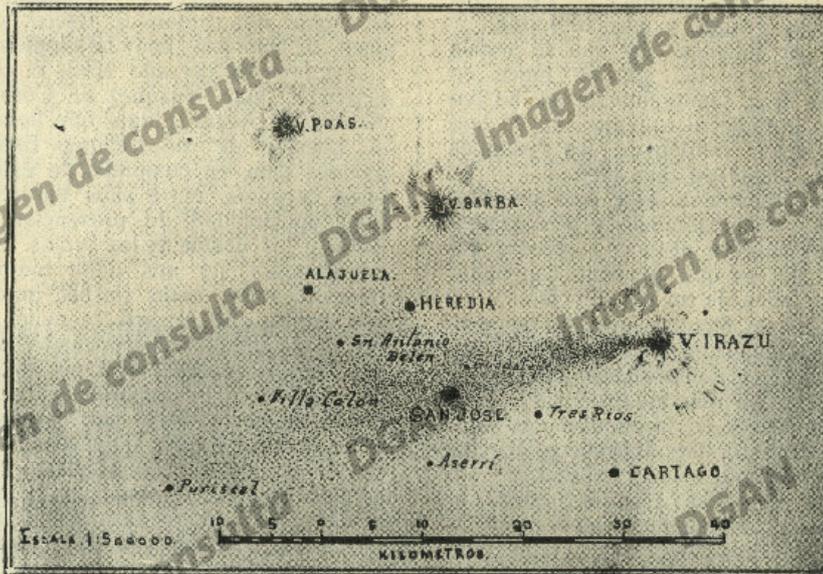
Todas estas historias, que se han repetido y que se repetirán siempre, dejan en la vida de las colegialas, preciosos recuerdos que perduran a través de los años. Por eso, cada vez que una antigua alumna, vuelve a este lugar, de sus labios sólo se oyen historias divertidas y recuerdos juveniles, muchos de ellos, si no la gran mayoría, de asuntos que no se realizaron y que el destino desvió hacia otros rumbos bien diferentes.

**

En tres distintas direcciones se divisa de la Azotea una buena parte de la ciudad y algunos edificios y casas particulares bien conocidas. Hace 40 años, la mayor parte del terreno que hoy ocupa la ciudad hacia el E. y S. estaba en su gran mayoría formada por potreros y cafetales; la población se extendía un poco más hacia el N. En el curso de los años la ciudad se ha ensanchado considerablemente, se han abierto muchas calles y construido grandes edificios.

Todo este desenvolvimiento tiene su historia muy interesante que dejaremos para otra ocasión; nuestras miradas se dirigen por ahora hacia puntos más lejanos, a los montes que circundan la Meseta Central y a las poblaciones que en sus faldas se ven.

Estos montes se nos presentan cada día con aspectos diferentes: a veces completamente despejados, el aire tan diáfano que fácilmente se distinguen muchos detalles y aparentemente más cercanos; otras veces, aparecen diversamente nublados, ya



Extensión de la gran lluvia de ceniza del Irazú, el 6 de Enero de 1918.

Tristán, del.

con nubes blancas como inmensos copos de algodón que se llaman cúmulos, ya con nubes negras o grises que son los nimbos o nubes que señalan la lluvia; a veces en forma de bandas que son los stratus y levantando los ojos, no es raro ver las *palmas* o el *cielo empedrado*: éstos son los cirrus, las nubes más altas. A veces, puede también observarse, la neblina que cubre los montes como un velo, hasta hacerlos desaparecer. En las mañanas de invierno hay a menudo una capa de neblina, casi tocando el suelo, que se esfuma con los primeros rayos del sol. Desde esta Azotea, pueden estudiarse todos estos fenómenos meteorológicos con todas sus modificaciones y este estudio no es solamente científico sino que, bien dirigido, sería un motivo para el desarrollo artístico de las colegialas.

Coloquémonos al lado S. de la Azotea. Hacia el S. O. se levanta

un monte en cuyas faldas se ven multitud de potreros y sembreras bien delineadas, y en la cumbre, restos de una vegetación exuberante que en época ya lejana, se extendía hasta el pie.

El pico más alto, se llamó en tiempos pasados, volcán del Dragón y hoy se conoce con el nombre de pico de Iscasú. A simple vista pueden verse elevados farallones y surcos muy profundos. Un poco más abajo de la cumbre se ven algunas terrazas formadas por depósitos aluviales. Todo este cerro es de origen volcánico y en tiempos muy antiguos fué seguramente teatro de grandes y numerosas erupciones volcánicas, a juzgar por el gran número de cráteres apagados que pueden verse en sus contornos, en los que se encuentran cenizas, bombas y masas de granito. La existencia de estas rocas graníticas ha sido plenamente demostrada recientemente por los Profs. Emel Jiménez, P. Shaufelberger y Carlos Madrigal y esto viene a confirmar

que la acción volcánica en ese lugar fué muy grande y muy profunda.

Es la primera vez que se señala la existencia del granito típico en Costa Rica. Generalmente se ha llamado granito al traquito que se emplea como cordón de los desagües en las calles de San José.

Geológicamente este pico de Iscaquí está poco estudiado y posiblemente nos reserva grandes sorpresas para el día en que se conozcan mejor los detalles de su constitución.

El 24 de Octubre de 1861 se produjo una grandísima inundación conocida con el nombre de *inundación de Escasú*. Ese año fué excepcionalmente lluvioso y en la cumbre del cerro se habían formado varias lagunas que probablemente fueron cráteres de antiguos volcanes. Con las continuas lluvias estas lagunas rebalsaron; las paredes cedieron y bajó por la pendiente una enorme masa de agua que arrastró todo, piedras, arena y troncos de árboles, produciéndose un terrible ruido que alarmó de tal modo a las gentes, que creyeron que se trataba del fin del mundo.

Inundaciones de esta clase se han repetido varias veces, con mayor o menor violencia, causando multitud de daños y aun víctimas. Estos fenómenos aterradores no deben extrañarnos: son la transformación lenta de las grandes actividades vulcanológicas que en remotos tiempos se verificaron en aquellos lugares, levantando las capas terrestres y modificando por completo la topografía del lugar. No es raro, por lo tanto, que en lo futuro se produzcan nuevas inundaciones y grandes derrumbamientos, así como tampoco podemos afirmar de un modo absoluto que la acción volcánica esté completamente terminada. Sabemos que muchos volcanes han permanecido inactivos durante siglos, pero que aun viven.

Hacia el E. continúan las montañas llamadas de Candelaria y en sus faldas se divisan las torres y el te-

cho de una iglesia; es la iglesia de la capital del cantón de Aserri, que dista de San José unos 12 kilómetros.

A principios del año 1563, el conquistador Juan Vázquez de Coronado llegó a Aczarri, lugar que llevaba el nombre de su cacique. Estuvo ahí dos días, en compañía de éste y otros caciques, entre ellos Yurusti, y tuvo oportunidad de presenciar los bailes y las fiestas de los indios. Este conquistador no nos dejó ninguna relación sobre estas fiestas, pero sí nos cuenta que Aczarri le pidió auxilio para prender al Cacique Tuarco que, siendo súbdito suyo, no le obedecía. Dice que hallaron a Tuarco en gran fiesta con motivo de la muerte de un indio, a quien tenían envuelto en unas mantas y adornado con oro y otros objetos y a su alrededor, gran número de indios, llorando. Relata, que estos indios tenían la costumbre de sacrificar algunos jóvenes para enterrarlos con el que moría.

La actual población de Aserri está a unos 1600 metros sobre el nivel del mar y tiene algunos edificios de importancia, entre ellos, la Iglesia, la Escuela y la Casa Municipal. A alguna distancia hacia el S. O. de la población hay una enorme piedra o, mejor dicho, una roca de unos 25 metros de alto y desde cuya cumbre se puede admirar una magnífica vista del Valle Central. De esta piedra se cuentan algunas leyendas y realmente el aspecto de esta inmensa roca eruptiva se presta admirablemente para desarrollar la fantasía popular.

En las mañanas despejadas, se distinguen por su coloración verde esmeralda y amarillo claro, las selvas y restos de la primitiva vegetación de estos Montes de Candelaria y entre esta coloración tan especial, se ven líneas irregulares, de un color amarillento rojizo: son los caminos que conducen a la cumbre de los montes.

Entre los caminos se distingue con bastante claridad, la famosa cuesta del *Tablazo*, la que partiendo de una altura de 1200 metros llega después de algunas vueltas hasta 1826 metros de alto, es decir, que desde la planicie

de la Meseta Central, se ascienden en poco tiempo unos 600 metros.

En los cortes de esta cuesta se descubren trozos de madera petrificada y algunos yacimientos de lignitos que desde hace varios años se han querido explotar como combustible con malos resultados. Hoy pueden verse todavía, en una de las vueltas, los restos de algunas construcciones que sirvieron para la explotación de estos lignitos y la entrada a un tú-

gares la mayor parte de los fósiles, son simples moldes, casi en su totalidad formados por arcilla, arena fina y silicatos mezclados; por esta circunstancia al colectarlos, se quiebran fácilmente. Con todo, se distinguen magníficos ejemplares de una concha pequeña del género Pecten.

Dirigiendo ahora la vista hacia la cumbre del Tablazo, se ven algunos árboles aislados que, como centinelas, parecen recordarnos cada día, la des-



Gran erupción del 25 de Setiembre de 1918, vista desde la Azotea del Colegio

Tristán, fot.

nel de donde se extrajo una regular cantidad de ellos.

En la mayor parte de los cortes, puede verse una gruesa capa de arcillas ferruginosas y en ciertos lugares, gran número de conchas fósiles que están en capas sedimentarias casi verticales.

La posición de estas capas nos da idea de las formidables convulsiones tectónicas que se verificaron en remotísimos tiempos, después de que el agua había depositado los sedimentos horizontalmente. En estos lu-

piadada destrucción de los bosques.

De estas regiones se trae a la ciudad gran cantidad de carbón artificial, preparado por los típicos carboneros y transportado en sus pequeños y peludos caballitos, variedad que se ha formado por las condiciones climáticas de aquellas regiones elevadas.

**

Al pie de esta cordillera del sur está la pintoresca población de Desamparados, que dista desde esta Azo-

tea unos 6 kilómetros. Sus habitantes son muy laboriosos y amantes de la cultura popular. Baste citar el hecho de que frecuentan este Colegio y el Liceo de Costa Rica varios alumnos que recorren diariamente aquella distancia y son muy cumplidos. Casi al E. de Desamparados y a una distancia de $1\frac{1}{2}$ kilómetros se encuentra el distrito de San Antonio, lugar en donde abundan las arcillas.

A corta distancia de este pueblo se encuentra la región de Patarrá, notable por las caleras. En efecto, hay muchos lugares en donde abundan los fósiles, formados en su gran mayoría por carbonato de calcio o caliza. Los yacimientos de esta caliza son muy grandes y nos muestran diversas capas onduladas, debidas a fenómenos geológicos que se verificaron en épocas anteriores. Casi todos estos fósiles son conchas, algunas enteras, otras fragmentadas y son como las del Tablazo, del género *Pecten*, aunque existen otras especies, no bien determinadas todavía. Se encuentran también otros fósiles, entre los cuales citaremos las numulitas, que son conchas muy pequeñas en forma de moneda. Varias especies de foraminíferos y radiolarios y también algunos corales y, aunque rara vez, se han hallado restos de cangrejos y aletas de peces. Evidentemente, fueron estos lugares las playas del mar que en un tiempo cubrió toda esta zona, pues en otras partes del mismo cerro de Patarrá y también más hacia el E. se encuentran depósitos de arena de mar, formando areniscas, algunas tan compactas y tan finas, que forman una piedra dura llamada molejón que se emplea para afilar palas, cuchillos y hachas.

A través de los tiempos se verificaron los levantamientos, plegándose el terreno y dando a toda la región el aspecto tan característico que hoy presenta.

Todos estos fósiles calcáreos, se han empleado desde mucho tiempo en la preparación de la cal. Basta con calentar estas calizas para que el carbonato de calcio se transforme

en óxido de calcio o cal viva, desprendiéndose el anhídrido carbónico. Esta operación se efectúa en hornos especiales llamados *caleras*, de donde se saca la cal que a veces conserva la misma forma de las conchas que le dieron su origen y por eso se llama cal de concha. Gran cantidad de esa cal, se empleó en la construcción de este Colegio y en la de otros edificios importantes de la ciudad.

El estudio geológico de esta región no se ha hecho aún y cuando los geólogos empeñosos le dediquen su atención, es seguro que tendremos datos muy interesantes que nos explicarán las complicadas actividades volcánicas que se operaron siglos después de que, por el levantamiento progresivo, se habían retirado ya, las aguas del mar. De estas actividades volcánicas quedan todavía señales que podemos ver en las fuentes termales de San Antonio y la Quebrada del Alumbre que se dirige hacia el Pacífico. En ella, se ha encontrado últimamente el mineral alunógeno, de origen volcánico.

No estará por demás, apuntar aquí que todavía más hacia el E. de esta cordillera y al S. de Cartago, se hallaron hace algún tiempo los restos de un mastodonte.

**

Con rumbo S. E. divisamos unos montes alargados. La parte más elevada de estos montes termina por un pico que se conoce con el nombre de la Carpintera que está a 1880 metros de altura sobre el nivel del mar. La parte visible de este cerro tiene su mayor parte cultivada, sólo en la cumbre quedan restos de vegetación primitiva.

La naturaleza geológica de este lugar no se conoce. Al pie de la Carpintera se encuentra la villa de Tres Ríos o La Unión, que dista 10 kilómetros de la capital. En esta población existen algunos buenos edificios entre ellos la Escuela que está dividida en dos partes: una para las niñas y la

otra para los varones. La sección femenina está atendida en su mayor parte por maestras normales formadas en las aulas de este Colegio, cuando su finalidad era la de preparar estos elementos. Todas ellas toman con gran cariño su labor y trabajan con intenso amor por la enseñanza. Tres Ríos ha dado al país varios buenos profesores entre los cuales está el recordado don Juan de Dios Céspedes, notable profesor de

esa fecha la capital se trasladó a San José.

Si nos situamos frente a la barandilla del costado E. de esta Azotea, tenemos a la vista una parte muy importante de la ciudad: el Observatorio, la casa en que vivió don Mauro, fundador de este Colegio—hoy transformada en Cuartel Buena Vista—la Iglesia de la Soledad, la Uni-



Base de la gran columna a la salida del cráter, 2 de Agosto de 1918.

Fernández Peralta, fot.

Química, cuyos restos descansan en el cementerio de aquel lugar.

La Carpintera termina hacia el N. E. por unas colinas que reciben el nombre de *Alto de Ochomogo*. De este nombre sólo sabemos que pertenece a una divinidad india. Este alto forma la unión entre la Cordillera Volcánica del Centro y los montes de Candelaria. En ese lugar hubo un hecho de armas ocasionado por diferencias políticas; esto ocurrió en el año 1823 y como consecuencia perdió Cartago el privilegio de ser la capital de la República; desde

versidad y, muchos otros edificios importantes y, allá a lo lejos, erguido y majestuoso, se levanta el gran macizo del volcán Itzá, cuyo perfil se destaca en un fondo azul, cuando se nos presenta completamente despejado, fenómeno que no es raro, especialmente en los meses de Diciembre a Marzo o también en un fondo blanco, formado por densas nubes, en otras épocas. Sus faldas están hoy en gran parte cultivadas casi hasta la cumbre o con magníficos repastos y potreros en donde se ha desarrollado grandemente la ganadería.

En tiempos muy remotos, las erupciones de este volcán debieron haber sido formidables a juzgar por el número de cráteres antiguos que se encuentran en los alrededores de su cima y las corrientes de lava que hoy pueden verse en varias direcciones. Después de esta actividad tan acentuada, vinieron períodos de relativa calma, interrumpidos de cuando en cuando por series de erupciones más pequeñas, las que por último llegaron a su mínimo grado y en consecuencia la vegetación principió un desarrollo enérgico; primero aparecieron los líquenes, seguidos luego por los musgos, los helechos y por último las hierbas y los árboles; así el actual Irazú se fué cubriendo poco a poco con un manto de verdor; numerosas especies de plantas formaron densos bosques con árboles gigantescos y por otra parte los diversos animales fueron poblando aquellas soledades, sólo interrumpidas quizá, por algún recrudescimiento volcánico que no alcanzó sin embargo a destruir aquel paraíso tropical.

Y pasaron los años.... Un buen día, no sabemos la fecha, ni de dónde, aparecieron en estas faldas los primeros indios. Eran tal vez mejicanos, que en sus eternas peregrinaciones, encontraron en estos lugares, refugio, abrigo y alimento y al correr del tiempo, se desarrollaron grandes tribus indígenas, los misteriosos *guetares* como los llamó el sabio profesor don Carlos Gagini quien por muchos años iluminó, con su vasta ilustración, las mentes de las alumnas de este Colegio.

Un día del año 1561 los indios corrían azorados y confusos y en su extraña lengua comentaban la presencia de seres raros para ellos; eran los tenientes de Juan de Cavallón, los primeros españoles que llegaban a perturbar la tranquilidad de que disfrutaban.

Mientras tanto, el volcán parecía dormido, sueño que se prolongó por más de siglo y medio.

En la tarde del 16 de febrero de 1723, los habitantes de Cartago vie-

ron sobre la cumbre del coloso una nube blanca que poco rato después se transformó en «humareda renegrida, oscura y tenebrosa». Así principió la gran erupción del Irazú del citado año, como nos lo dice en un curioso documento, por alguien salvado de la destrucción, el gobernador español don Diego de la Haya Fernández. Según ese documento el volcán arrojó grandes bombas, masas incandescentes cuya luz vieron desde Cartago. Estas bombas, grandes y pequeñas, pueden verse hoy día en los alrededores del cráter principal del Irazú. El documento del Sr. de la Haya Fernández contiene muy interesantes datos, que demuestran el espíritu observador y curioso de aquel hombre y fué terminado el 11 de Diciembre del mismo año, pero la actividad seguramente continuó por muchos años más; desgraciadamente no hay datos a este respecto.

Los indios que vivían en sus faldas y aun en sitios bastante elevados, deben haber huído hacia otros lugares alejados del peligro.

Al escarbar algunas sepulturas antiguas, se ha encontrado sobre las lajas que las cubren, una gruesa capa de escorias, aun en lugares bastante retirados del cráter, como lo observó también el notable arqueólogo sueco C. B. Hartman en un cementerio indígena que él estudió en Quircot, cerca de Cartago. Todavía en el año 1888 se veía humeando una de las bocas del cráter principal pero, después de esa fecha, la actividad en ese lugar desapareció por completo y la vegetación cubrió, poco a poco, ciertos lugares.

Parecía el volcán completamente apagado con excepción de las solfataras (desprendimientos de humo y gases sulfurosos) que se dejaban ver en la pendiente norte.

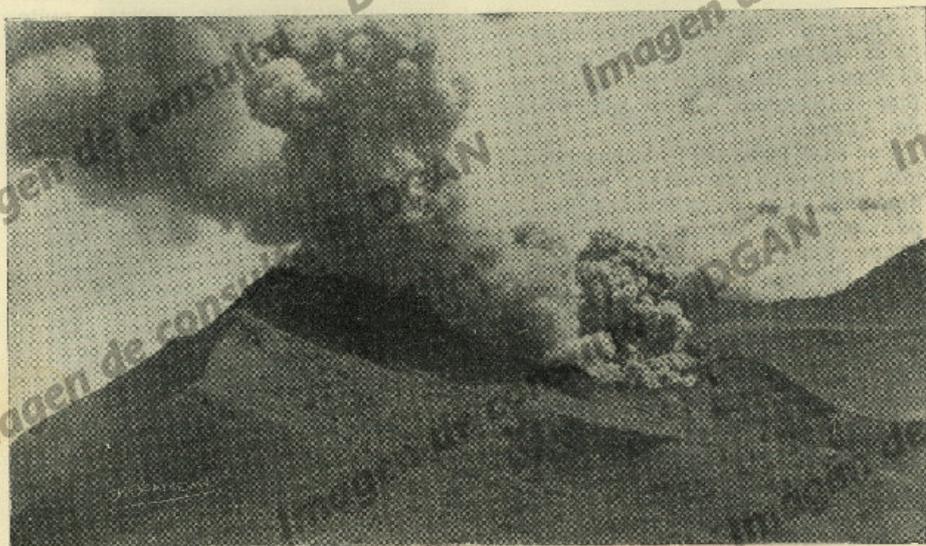
En la mañana del 29 de setiembre de 1917 unos campesinos vieron que salía humo de aquellas bocas dormidas y silenciosas por tantos años. Aterrorizados huyeron y pronto la noticia de que el Irazú estaba en actividad, llegó a la capital. Algunos

meses después la actividad había aumentado considerablemente y por una de las bocas salían sucesivamente grandísimas erupciones tan formidables las primeras, que arrastraron enormes piedras que bombardearon bosques, dejándolos casi destruidos. Una de estas grandes erupciones, la del 6 de Enero de 1918, arrojó cenizas en tal cantidad que llegaron hasta Villa Colón; esta Azotea quedó cubierta por una capa de estas cenizas

des erupciones, a veces blancas, formadas por vapor de agua condensado; a veces oscuras y negras por la gran cantidad de lodo gris—llamado ceniza— que arrastraban en su salida por la chimenea.

Espectáculo verdaderamente imponente fue ver desde aquí las sucesivas erupciones, cuando la luz de la mañana apenas principiaba a alumbrar la cumbre del volcán.

Desde esa época hasta hoy, la ac-



Salida de varias erupciones, 3 de Agosto de 1917.

Fernández Peralta, fot.

zas, que dió un promedio de 25,8 gramos por m². Ese día, a las 8 p. m., todas las personas que se hallaban en la retreta que se daba en el Parque Central, fueron alarmadas por la misma lluvia de cenizas y por el muy pronunciado olor a gases sulfurosos que por todas partes se sentía.

Al día siguiente, las calles de San José se vieron cubiertas de ceniza y desde alguna altura, todos los techos de la ciudad, de color gris.

Desde esta Azotea, las alumnas que frecuentaban el Colegio en aquella época, vieron con frecuencia gran-

titud en el cráter del Irazú, ha continuado con mayor o menor intensidad y la topografía de ese lugar se ha modificado completamente: no se ve más que una boca de un diámetro colosal, por donde salen los vapores, especialmente vapor de agua, el que forma blancas nubes que en las mañanas despejadas pueden verse fácilmente; muchas veces se ve la cumbre cubierta por cúmulus, que son nubes blancas, arremolinadas, otras por nubes de lluvia y con frecuencia, tanto en la mañana como en la tarde, se ven las erupciones

teñidas de rojo, lo que ha hecho creer a muchas personas que se trata de llamas que salen del cráter. Este es un fenómeno de óptica producido por los rayos del sol, lo mismo que el color amarillento que se nota en todas sus faldas, en algunas tardes lluviosas.

Hasta ahora, y en esta actividad, el Irazú no ha arrojado lavas ni bombas incandescentes.

* *

Dirigiendo nuestra vista hacia el N. E. notamos una gran depresión: es el Paso de la Palma, por donde soplan los vientos alizos que vienen del Atlántico.

Por este Paso de la Palma pasaba una magnífica carretera, hoy muy destruída, que comunicaba a la Capital con la población de Carrillo, en donde terminaba el ferrocarril que venía del puerto Limón.

En aquel tiempo, la carretera era muy trajinada porque todas las mercaderías se transportaban en carretas, desde Carrillo a la Capital y además el gran número de viajeros a caballo o en diligencias animaban el trayecto que rarisimas veces se veía desierto.

Un americano, Mr. Morell, construyó un pequeño hotel casi en la cumbre del «Paso». Las gentes llamaron aquel lugar «El año de Morell» nombre que luego se transformó en Morris y hoy se llama el «Alto de Morris». Del hotel no quedan ni vestigios.

En el Alto de la Palma, casi siempre hay neblina y llueve con mucha frecuencia. Por la misma carretera, y después del Paso de la Palma, sigue el bajo de la Hondura, notable por su espléndida vegetación. Toda esta región de La Palma, ha sido muy visitada por gran número de naturalistas, quienes han descubierto numerosas especies de animales y plantas nuevas para la Ciencia. Entre estos naturalistas, citaremos al Profesor suizo, don Pablo Biolley, quien por muchos años explicó Ciencias Natu-

rales en este Colegio y que escribió varios libros que hoy sirven de consulta. El señor Biolley en compañía de otro Profesor, amigo suyo, colectó en esta región de la Palma, muchas orquídeas y plantas raras, que por muchos años adornaron los arcos de los corredores interiores de este Colegio.

Después del Paso de La Palma, la cordillera se eleva nuevamente y su perfil se ve densamente cubierto por abundante vegetación primitiva. Existen en estos lugares, algunos cráteres apagados, uno de los cuales, que



Volcán Poás

A. Rudin, fot.

tiene rotas sus paredes hacia el S., se ve muy bien en ciertas mañanas despejadas.

* *

Al costado N. de la Azotea, la proximidad de algunos edificios como el Teatro Nacional, la Catedral y algunos otros, hace desaparecer en parte, la belleza del panorama; sin embargo, se puede distinguir la cumbre del volcán Barba. Este volcán ha sido muy poco explorado; en tiempos ya remotos fué muy activo y arrojó lavas que hoy pueden verse en sus faldas, muy superficialmente, lo que hace pensar que este volcán fué uno de los últimos que arrojaron materiales fundidos al terminar la gran acti-



Volcán Poás

A. Rudín, fot.

vidad volcánica que existió en la llamada Meseta Central. Existe en la cumbre una espléndida laguna de aguas purísimas, rodeada por una rica vegetación, que hace de aquel lugar uno de los más bellos parajes de las cumbres de nuestras montañas.

En sus faldas hay algunas fuentes minerales entre ellas la más conocida es la de «Guacalillo». Hace algunos años, a un lado del camino que conduce de Heredia a la población de Barba, aparecieron gran número de fuentes que salían por debajo de la capa superficial de lava. Esta agua subterránea, que venía por infiltración, de la parte superior del Monte, no duró mucho tiempo y su origen no fué bien determinado.

A continuación del Barba, existe

otra depresión llamada el paso del «Desengaño».

Por este lugar pasa un camino que llega a las fértiles llanuras del caudaloso Sarapiquí, emporio de futuras riquezas y en donde se desarrollará una gran actividad comercial que dará trabajo a muchos hombres.

En el año 1853 llegó a la Capital por la vía del Sarapiquí, pasando por el Desengaño, el notable doctor Alejandro von Frantzius, con quien tiene Costa Rica una inmensa deuda de gratitud por sus valiosos trabajos sobre los volcanes, mamíferos, aves y otros estudios sobre nuestra cartografía.

**

Del volcán Poás, no divisamos más

que la cumbre, de donde suelen verse las erupciones en forma de grandes nubes que llegan a alturas colosales. Este volcán tuvo también épocas de grandísima actividad. En sus faldas se encuentra una lava negra y retorcida lo que indica que salió bastante fluida.

Forman la cumbre varios cráteres antiguos, una encantadora laguna de agua fría y el gran cráter activo que tiene más de 1 kilómetro de diámetro y 300 metros de profundidad. En el fondo de este cráter hay también una laguna pero de aguas lodosas, cargadas con yeso, arena, bolitas de azufre y ácido sulfúrico.

Las erupciones salen de esta misma laguna. De la superficie tranquila del agua amarillenta salen repentinamente y en períodos aunque no regulares, grandísimos chorros de lodo negro que se dirigen radialmente hacia arriba como juegos pirotécnicos pero de color oscuro. Algunas veces estos chorros alcanzan más de 200 metros de alto y el ruido al salir, es sencillamente aterrador.

El espectáculo es imponente y majestuoso; es una de las grandes maravillas con que cuenta Costa Rica y como en general las erupciones, por grandes que sean, pueden contemplarse sin mayor peligro, el volcán Poás será probablemente, uno de los lugares del mundo más visitados por los turistas, tan pronto como exista una buena carretera a ese lugar.

De tiempos pasados, no se tienen informes sobre las grandes erupciones, pero podemos juzgar de su magnitud si recordamos la del año 1910, en que por un violento terremoto se destruyó la ciudad de Cartago. Esta erupción, la más grande de que se tiene recuerdo, lanzó al espacio piedras, que al caer al suelo, formaron huecos profundos, arrastró además, gran cantidad de lodo que subió a grandes alturas y luego se formó una especie de lluvia cuyas gotas cargadas con él, pudieron verse después sobre las hojas de los árboles y en las ropas tendidas. En esta Azotea se cultivaban algunas plantas en

maceteros y en sus hojas pudo recogerse una cierta cantidad.

Del balcón y aulas del frente y en el segundo piso, pueden verse las estribaciones del pico de Iscasú.

**

Y este panorama que nos ocupa presenta cada día nuevos matices. Como al mar, como a las llanuras, como a los ríos, no nos cansamos nunca de contemplarlo. Y estos matices resultan aún más atractivos cuando el sol declina. Las montañas toman un tinte rojo amarillento, a veces azulado en ciertas partes. A medida que la luz desaparece, los montes se oscurecen y los detalles se ocultan. En el verano el perfil de la montaña queda visible y en el invierno se cubre con una densa capa de neblina.

Y ahora, agreguemos a todo esto, el maravilloso cuadro de la salida de la luna, sobre todo de la luna llena; no debo describirlo. Sin embargo, diría que esta «hostia santa», como la llamó Núñez de Arce, anuncia su salida con un reflejo blanquecino, que se destaca detrás del macizo oscuro del Irazú. El reflejo se ensancha, intensifica su luz y aparece por fin una línea curva dorada a manera de diadema que adornara su rey, el Irazú.

Poco a poco el cuadro va cambiando y la línea curva dorada se transforma en el disco amarillento de la luna; a veces el perfil del monte es diáfano, del cráter salen columnas de humo y entonces pareciera que un gigantesco pebetero lanzara al espacio sus espirales, rindiendo culto a Tanit, la diosa del Cielo.

En las noches tranquilas, cuando la atmósfera está despejada, la Azotea se transforma en un observatorio astronómico; millares de lejanos soles forman un magnífico conjunto de estrellas, entre las cuales se destacan por su luz fija, los planetas.

En otra época, el viejo y querido maestro don Juan Rudín, dió en este lugar interesantísimas conferencias de Cosmografía, tanto a las alumnas del Colegio como a los aficionados a los

estudios del cielo. Para bien de la juventud estudiosa, quiera la buena suerte que algún día, otro profesor como aquél, tan competente, ilustre a sus oyentes sobre las grandezas del cosmos infinito.

Como nuestra Azotea, debe también ser considerada desde otros puntos de vista, llenos de nobleza y de elevados fines científicos y culturales. Así, dos profesores de ciencias físico-naturales, hicieron en este lugar muchas experiencias, con la luz invisible del sol y tomaron numerosas fotografías de las montañas lejanas con luz infra-roja. Como esta luz atraviesa muy bien el aire, las fotografías resultaron con abundancia de detalles que nuestra vista no puede apreciar. El 15 de noviembre de 1913 se descubrió el extraordinario fenómeno de que algunas flores y algunos insectos rechazan con fuerza la luz violeta invisible.

**

Nuestros recuerdos vuelan hacia el pasado. Muchas mañanas vimos a la señorita Le Cappellain, que por tantos años dirigió este Centro, en compañía de sus alumnas, dando lecciones de inglés al aire libre. Admiró siempre esta Azotea y la recordaba con frecuencia, en los últimos años de su vida. Desde París, donde murió, escribía a sus alumnas y a menudo hacía mención de las mañanas llenas de alegría en la Azotea del Colegio.

Muchos otros profesores, ya desaparecidos del escenario de la vida, tuvieron predilección muy especial por este lugar. Don Carlos Gagini, doña Isolina Fernández, don Juan Umaña, el doctor Michaud, don Pablo Biolley, doña Pacifica Iglesias, don Ramón Matías Quesada, don Salomón Castro, doña A. de Lara y muchos otros que han desempeñado funciones de importancia en esta Institución.

En el Colegio de Señoritas,
el 20 de Setiembre de 1929.



Actividades de los Profesores

Una lección cívica del Profesor don Ramón Céspedes

Trabajo leído el 15 de Setiembre de 1917

Por una amable deferencia de la señora Directora de este Colegio, permito dirigiros la palabra en este momento solemne en que nos reunimos con sencillez, pero con devoción, a rendir culto a la Patria en el centésimo octavo aniversario de su emancipación política. Si bien es verdad que al recorrer las páginas de nuestra historia nos encontramos con que nuestra libertad nos llegó como un obsequio con el que no sabemos qué hacer, que nos desconcerta, que inclinaba a los hombres dirigentes de aquella época a esperar que otros aclarasen los nublados del día, antes de resolverse a tomar una decisión, también lo es que don tan precioso tuvo en el suelo americano a los que a quienes debemos consagrar hoy un recuerdo cariñoso. Es que en estos hombres en cuanto ella fué realización de una suprema aspiración que en el horizonte del cielo americano, como el trazo de un índice formidable, en un gesto permanente, indica un rumbo a las jóvenes generaciones de todos los tiempos. Que si estos iluminados del pensamiento tuvieron una preocupación inmediata, como un primer paso, la conquista de la liberación, su finalidad superior perseguía la suprema liberación de las conciencias. En esa visión concebían pueblos de hombres y no agrupaciones de rebaños. En tan bello y tan amplio escenario como lo es la América, no queda campo para otro poder que no sea el de las conciencias, liberadas por el estudio, disciplinadas en la práctica de la virtud, inquietantes en una inquietud de mejoramiento y conservación de lo que es nuestro y de lo que es legado de nuestros mayores.

Si la aurora de 1821 alumbró con luz radiosa la senda de una nueva vida, a la hora de reunirnos para celebrar tan fausto acontecimiento es preciso obedecer al imperativo que ha de llevar nuestra mirada retrospectiva más allá de las tumbas y monumentos para interpretar la secreta elocuencia con que el estado hablando por los siglos de los siglos. En momento tan solemne como éste en que la palabra ha de levantarse vigorosa como un himno de esperanza, la prédica fervorosa para la juventud ha de ser para llevarle a su destino, la convicción de que la más urgente preocupación que debe movernos es de formar el alma nacional, delinearla, desenvolverla, plasmarla, forjarla en una aspiración suprema de bien común, para ser dignos hijos de quienes lucharon por darnos una Patria libre. Hay un cordaje maravilloso e indestructible que arranca del fondo de nuestros valles y montañas y que va a perderse en las alturas en que se mueven las constelaciones que adornan nuestro cielo. En ese pentagrama escribieron nuestros antepasados indios sus nombres y